

Pequeños relatos

Cambiar es envejecer

Manuel Vicent está haciendo unas entrevistas espléndidas. Después de la famosa de Luis Calvo aparece el sábado la de Dolores Ibárruri, **La Pasionaria**. Tras la lectura de esta última me sumergí en la reflexión de la **evolución** y de la **memoria** de los políticos. Es un suceso apasionante. He defendido siempre que **cambiar de opinión** por el enriquecimiento informativo del hombre es un hecho natural. Pero esto ha de tener lugar a través de un largo recorrido de lecturas y de vivencias. Los que cambian de la noche a la mañana componen otra clase de individuos. Mi oficio periodístico me ha exigido guardar papeles y mi perspectiva histórica es ya muy amplia. **Pasionaria** tiene ochenta y cinco años y, lógicamente, su evolución estaba solamente necesitada de que alguien rompiera ese silencio congelado que tiene en la vida española, tras su regreso del largo destierro. Vicent lo ha hecho un poco, aunque débilmente. Dolores Ibárruri tampoco ha salido demasiado de la Unión Soviética, allí está una gran parte de su vida espiritual y tal vez sus posibilidades de evolución sean más restrictivas. Pero yo tenía alguna curiosidad sobre su opinión actual de Stalin. Le ha dicho a Vicent: «Nunca he conocido a ningún personaje que me haya impresionado, nunca he encontrado a un líder que me haya podido servir de modelo o que me haya impulsado a seguirle. Tampoco Stalin.» Pero yo tengo delante de mí su artículo de fuego con ocasión del treinta aniversario de la fundación del Partido Comunista español, y cuando se refiere a los comunistas españoles de dentro y de fuera señala «su fidelidad a los principios marxistas-leninistas, su devoción sin límites a la Unión Soviética y al camarada Stalin». En la historia política española contemporánea no ha habido otra prosa más caliente, más arrasadora, más detonante, que la de Dolores Ibárruri. En este mismo artículo fustiga a los socialistas sin piedad, los llama **mencheviques**, denuncia su mentalidad burguesa y re-

formista y hasta su alianza con los republicanos de la izquierda, con Azaña, y los echa encima Arnedo, Castiblanco, Casas Viejas y Sevilla. Eran los años 50, y han pasado otros treinta años. Este es un precio que tienen que pagar los políticos de largo itinerario, y no pocos escritores. Pero es una aleccionadora advertencia. La imagen del Partido Comunista en su dialéctica actual, y probablemente en su Congreso de estos días, difiere bastante de aquella imagen de Dolores Ibárruri en la España de la república y en esa del XXX Congreso. Vicent no ha conocido a Dolores con aquel aire de campesina hierática vasca, diseñada por el pintor Cortijo, también un poco goyesca, diciendo aquello de «Más vale morir de pie que vivir de rodillas», arengando al quinto regimiento. Esa que reseña Vicent no tiene nada que ver con la que ya aparece pintada por la Historia.

Por eso decía que el tiempo se ceba sobre las personas y sus ideas. Si un periodista de la fuerza expresiva de Vicent (que no fuera prisionero de adhesiones o de afectos), tras hacer la entrevista del final de los personajes, hiciera otra entrevista apócrifa con las palabras verdaderas que esos mismos personajes han dicho en otro tiempo, sería estremecedor. Todas esas entrevistas dobles podrían componer un libro patético. Las nuevas generaciones políticas, universitarias y obreras no saben **de la misa la mitad**. El país contribuye un poco, porque no es estable. En los ochenta y cinco años de Dolores Ibárruri hemos tenido dos tronos, una república, una dictadura militar, una guerra civil de tres años, un régimen político de cuarenta años con el destierro de la izquierda y ahora una democracia que, tras cinco años de existencia, no sabe salir de la **transición**. La **consecuencia** política e ideológica es muy difícil; cambia el más pintado, y el que no cambia queda convertido en estatua de sal.—**Emilio ROMERO**.